

Palabras y Pinceles del Paisaje Venezolano

José Ángel Rodríguez

No existe ningún rincón en Venezuela adonde no hayan llegado los viajeros extranjeros en su afán de conocer la geografía física y humana de sus variados paisajes. En este escrito destacaremos dos viajeros totalmente diferentes en tiempos históricos diversos. El primero de ellos es Carl Geldner, quien luego de una estancia algo desafortunada en La Guaira, puerto de Caracas, fue seducido por la quimera del oro que lo empujó a lejanos y peligrosos territorios. Fue por ello que se introdujo en Guyana buscando fama y riqueza en 1867. En esa aventura dejó casi la vida como también un excelente relato y numerosas acuarelas de campos y ciudades sobre los cuales hay poquísimos testimonios gráficos. El testimonio de Julia Bornhorst es también de carácter doble: escrito y gráfico. El texto de sus memorias da cuenta, por un lado, de algunos trozos de Maracaibo, la segunda ciudad más importante de Venezuela, en plena transición de la economía del café a la industria del petróleo, de sus habitantes, criollos y alemanes, y costumbres, como de las tierras cercanas y áridas de Falcón, entre 1923 y 1941. Este es un período de profundas transformaciones que acabarían, a la postre, con la ciudad y el país decimonónico dedicado a la agroexportación, cambios visibles en algunas de sus magníficas acuarelas.

El Dorado de Carl Geldner

Carl Geldner llegó a Venezuela en enero de 1866 y se desempeñó como empleado de una casa comercial en La Guaira hasta 1867. Desde hacía tiempo circulaban en el puerto noticias alentadoras sobre las minas de oro de Guayana al punto, se pensaba, que “El Dorado, por tanto tiempo buscado, por fin había sido descubierto.” Se trataba, en realidad, del segundo gran ciclo del poblamiento minero, que duraría de 1860 a 1870, caracterizado por el trabajo de los mineros individuales y por el establecimiento de pequeñas compañías.

Ante la seducción del oro, Carl Geldner no lo pensó más y se lanzó a la aventura: la crisis económica habida en el gobierno de Juan Crisóstomo Falcón se profundizó de tal manera que llevó a varias casas comerciales a cerrar sus puertas. De allí que, ante el temor de un desempleo seguro, la ilusión por el oro se profundizó como bien lo demuestra una carta a su padre del 8 de abril de 1867, en la que expresa bien los rumores, algunos falsos, ciertamente, que circulaban y que no hicieron sino aumentar en muchas mentes las ganas de probar fortuna:

Las noticias que se reciben de la Guayana venezolana suenan cada vez más alentadoras y la emigración hacia allá aumenta a diario. Ahora se han descubierto también en las inmediaciones de Angostura ricos yacimientos de oro y de plata y se puede asumir que la Guayana es el famoso El Dorado, que Colón y otros grandes marineros han buscado en vano.¹

Carl Geldner con su hermano Max, quien se adhirió a la aventura, partieron para Ciudad Bolívar la noche del 4 de julio de 1867 por vía marítima porque uno de los puntos de escala en la ruta era de vital importancia para los mineros: Trinidad. En esa isla, indicaba Geldner, era el lugar ideal para "...comprar algunas mercancías, que allí entran sin pagar derechos y por eso son tan baratas, ni habríamos tenido oportunidad de establecer conexiones comerciales..."² El viaje a Ciudad Bolívar duró del 4 al 23 de julio, vale decir 19 días, luego de escalas en Barcelona, Cumaná, Pampatar, Carúpano y Puerto España.

La emoción fue grande cuando Carl Geldner vio "brillar a distancia bajo el sol, a Angostura, la capital de la Guayana venezolana," de la cual hiciera con posterioridad un hermoso cuadro, quizá uno de los mejores que hiciera en cuanto a pinturas de ciudad se refiere. El paisaje urbano que visita Geldner en 1867 era un puerto fluvial en plena expansión con 7.000 habitantes. De su función comercial de enclave se da cuenta cuando observa la gran cantidad de embarcaciones que pululan alrededor del amplio desembarcadero al pie de la ciudad, donde observa una cantidad de diversas embarcaciones, "balandras, lanchas y grandes botes con mástiles", de 40 a 50 toneladas que hacían el tráfico hacia Apure³, y que traían a la ciudad todo tipo de mercancías.

Los sinsabores de El Dorado comenzaban en la propia Ciudad Bolívar, donde los aventureros se preparaban para el viaje a las minas. En primer lugar, uno de los requisitos básicos era comprar algunos burros, difíciles, cuando no imposible, de conseguir en la ciudad, por lo que se trasladaron a Soledad, "pueblo muy pobre, como ya explica su nombre" y del cual hizo

1. Carl Geldner, *Anotaciones de un Viaje por Venezuela (Venezuela 1865-1868)*. Caracas, Oscar Todtmann editores, 1998; p.145. La edición en alemana: *Reiseaufzeichnungen aus Spanien und Venezuela*. Basel, Druck von Emil Birkhäuser, 1913.

2. Carl Geldner, Ob.cit., p.145.

3. Ibídem, p.186.

una pintura que refleja muy bien el topónimo. En Soledad, sin embargo, los animales resultaron muy costosos: 70 a 80 pesos por animal, por lo cual los Geldner decidieron probar suerte de nuevo en Ciudad Bolívar donde encontraron animales a un precio de 30 y 35 pesos cada bestia. Compraron cuatro, que tuvieron que enlazar ellos mismos con una cuerda que arrojaban por la cabeza del animal. Luego adquirieron sillas para la carga y otros aparejos, como también provisiones para el largo viaje: “carne seca, harina, arroz, caracotas negras, un jamón americano, papelón, sal y pimienta.”⁴

El viaje hacia el Dorado continuó en un vapor de Ciudad Bolívar a Puerto Tablas (alrededor de 15 horas), trayecto que transcurrió sin mayores dificultades, no así el desembarco nocturno, hecho casi a tientas. A la orilla llegaron “sobre los hombros de un marinero” porque las lanchas, puestas a disposición por la embarcación, no podían atracar en la orilla porque había allí poca profundidad de agua. ¡Ni que hablar de los 15 burros que venían a bordo!, difíciles de reconocer por sus dueños en la oscuridad, cosa que lograron después de equivocaciones y disgustos.

Hacia El Dorado

Puerto Tablas no era nada atractivo, al menos para Geldner a fines de julio de 1867. Era un lugar de paso, de apenas 20 años de existencia, donde comenzaba el camino hacia el interior, formado por “...30 casas de barro, techadas con hojas de palmeras [que] formaban dos callecitas. Casi no se veía gente y este muerto y miserable pueblucho debería ser la puerta para el famoso El Dorado...”⁵ De este “pueblucho” partía el camino hacia Upata, un paisaje de recorrido irregular de 90 kilómetros.⁶ El camino se hacía por lo general a pie porque los burros se utilizaban para transportar el equipaje. No estaba tampoco en buenas condiciones. En algunas partes, los viandantes se tropezaban con “tocones de árboles” y en otras, como sucedió con un español, terminó con su burro y equipaje en un pantano del que “salió cubierto de fango de pies a cabeza.” En realidad, el “llamado camino,” refiere Geldner, era a veces “una pica abierta a machete a través del bosque virgen.”⁷ Finalmente llegaron a Upata, una población que había experimentado profundos cambios paisajísticos desde su primera fundación en 1734 y que “...se ha hecho siempre

4. Ibídem, pp.190 y 192.

5. Ibídem, p.181.

6. En 1867 el camino de Puerto Tablas a Upata era casi el mismo una década después, tenido todavía como camino “*carretero en mal estado*” y que pasaba al menos por 8 pequeños caseríos, a veces sólo haciendas abandonadas: Chirica, Paso del medio, Corrales, Boca del Monte, Mayorí, Altagracia (único caserío que menciona Geldner pues a veces tomó, por la misma ausencia de un buen camino determinado, senderos equivocados) y Upata. Ministerio de Fomento, *Apuntes Estadísticos del Estado Guayana*, Caracas, Imprenta de La Opinión Nacional, 1876; p.183.

7. Carl Geldner, *Ob.cit.*, p.204.

digna de merecida fama por sus sanas costumbres, de orden y moralidad en las familias, por su amor al trabajo y por el respeto a las leyes...”⁸ Erigida nuevamente en 1762, era una villa de españoles dentro de la jurisdicción misionera de los capuchinos catalanes, rica ella en tierras y recursos agropecuarios. Todo cambió, sin embargo, en la Guerra de Independencia, cuando la explotación de los recursos de las misiones quebraron la riqueza regional.

El camino hacia Guasipati, poblado más adentrado en la auténtica zona minera, no era más fácil que el descrito hasta Upata. Era también más largo: 125 kilómetros.⁹ El testimonio de Geldner ayuda en la reconstrucción del paisaje rural y de recorrido, el cual ofrecía, en esencia, lo mismo en materia de hospedaje por lo cual el viajero dependía, como en el tramo anterior, de la bondad de los hacendados cuando no en su voluntad de apoderarse de chozas o haciendas casi deshabitadas.

La pequeña ciudad que visitó Carl Geldner en 1867 no era, por acción de los descubrimientos auríferos, una ciudad próspera. Lo era en comparación a Upata, ciertamente, porque la proximidad de las minas mostraba en ella “más vida y prosperidad,” pero nada más. Se observaba en su paisaje urbano, como en el resto de las poblaciones mineras que visitara, como El Callao o Caratal, y con mayor crudeza en las chozas de Panamá, Perú, Potosí, Chile, Tigre y Santa Clara, una mentalidad de campamento, cuyas expresiones en los paisajes urbanos consolidados como en las barracas improvisadas del oro eran las mismas: el caos, producto de la premura, la codicia, la enfermedad o la muerte.

Guasipati era una antigua misión de los padres capuchinos catalanes, quienes la fundaron en 1757, y la cual, como otros paisajes de misión microrregionales, había conocido mejores tiempos. Esta situación cambió cuando se descubrieron y explotaron, nuevos terrenos auríferos en el sitio de Caratal desde mediados de la década de 1850, y en particular a partir de 1870. Geldner se alojó en la posada Dalla Costa, inaugurada hacía poco tiempo. Allí había poca cosa que ofrecer al viajero. En primer lugar, su dueño, según el muy observador alemán, tenía “fisonomía de vagabundo,” que poco hacía por mantener ordenado el lugar. Es más, no había ni utensilios en el hotel, se quejaba Geldner, y sólo contaba con “tres mesas, y los correspondientes bancos,” ocupados día y noche por jugadores empedernidos. Toda la vajilla de lugar consistía en “cuatro copas y cinco platos” y la cocina tenía algunas “ollas ennegrecidas.” Las habitaciones no eran mejores que el resto de la construcción, por lo cual Geldner y su hermano se alojaron en el patio, debajo del

8. Ministerio de Fomento, *Apuntes Estadísticos del Estado Guayana*, p.174.

9. Para 1876 había al menos dos caminos, uno de ellos carretero de 129 kilómetros. Había otro de 125 kilómetros, camino de “*sabanas, montañas y pasos de ríos y quebradas, secas en verano*”, que fue el que tomó Geldner, pasando por Santa María, Candelaria, Platanal, Cunurí y finalmente Guasipati. Sobre los dos caminos véanse los *Apuntes Estadísticos del Estado Guayana*, pp.185 y 186.

techo voladizo, con el único burro que les quedaba y sobre el cual los hermanos ejercían una férrea vigilancia pues no lo querían “perder de vista,” porque no dejaba de haber allí pocos peligros,¹⁰ para empezar el vicio del juego, por el que muchos dilapidaban su fortuna en las mesas de juego. El hotel se había convertido en una auténtica casa de juego, en un lugar de mucha “turbulencia.” Cansado, y espantado por lo que veía en esta “especie de Sodoma y Gomorra”¹¹ en la selva, siguieron el camino hacia El Callao.

La miseria dorada

El paisaje de campamento tenía, en 1867, su mejor expresión en El Callao, población que, contraria a las de Upata o Guasipati, no tenía ningún pasado de origen misional en el periodo colonial. No tenía tampoco la ciudad acta ni fecha precisa de fundación, como es el caso de las ciudades mineras que crecen, se desarrollan o desaparecen según la suerte de los yacimientos. El Callao como tal, comenzó a desarrollarse a partir de 1854 a raíz de las primeras explotaciones auríferas. En otras palabras, tenía escasos 13 años de vida cuando Geldner la visitó. Desde cierta distancia se oía el ruido del poblado, un “barullo” como lo llama el alemán, que anunciaba la actividad de las minas, de las más productivas en aquella época y hasta fines de siglo. Lo que observó en un primer momento no le pareció “placentero ni estimulante.” Tampoco lo que observó después. Su juicio es descarnado: “El Callao está ubicado en medio de la selva y consiste únicamente en unas chozas miserables, techadas con hojas de palmeras, casi todas usadas como quioscos de venta y restaurantes de la categoría más primitiva...”

El poblado minero era un auténtico campamento. Basta señalar, como afirma Geldner, las dificultades para llegar a la calle principal, todavía con restos de tronco de árbol enraizados en el suelo como si la selva se negara a morir. En efecto, para alcanzar la vía pública había que hacerlo serpenteando obstáculos, las grandes fosas de explotación del oro, que no eran otra cosa que pozos de extracción de cuarzo aurífero. El Callao ofrecía un paisaje mezclado y amontonado de viviendas feas, chozas apuradas a manera de tiendas, pulperías, botiquines, restaurantes y burdeles, codo a codo con los innumerables pozos de extracción del oro, lugares de trituración del cuarzo y algamación. Cada minero, profesional o espontáneo, nativo o extranjero, local o recién llegado, cavaba donde creía conveniente, sin más limitaciones que la “ley vigente” la cual, en los parajes mineros guyaneses, El Callao en lugar privilegiado, se cumplía pero no se acataba. Esta población tenía, según

10. Carl Geldner, Ob.cit., p.238.

11. Ibídem, p.241.

Geldner, unos 1.000 habitantes, entre venezolanos e ingleses, vale decir negros de Trinidad, españoles, franceses, culíes y algunos alemanes.¹²

Caratal fue el destino final. Allí trabajó Geldner casi cuatro meses en la tienda del señor Meinhard, un alemán que tenía una posada en Upata. El poblado tenía una década escasa de existencia y estaba a poca distancia de El Callao. Se llegaba a él por un camino con “bonitas haciendas y conucos.” Era esta pequeña ciudad el punto central de la minería de aquella época que conformaba el distrito Nueva Providencia, pero no por ello dejaba de ofrecer al visitante un estado de desolación que Geldner considera aún “más acentuado” que en El Callao.

Pero, hecha la comparación debida con otros centros mineros como Panamá, Potosí, Chile, Perú, Corina, La Iguana, Tigre y Santa Clara, como con el propio El Callao, el poblado ofrecía una ventaja no poco interesante y sugestiva: había cierto orden en el entramado urbano. Caratal tenía según Geldner entre 80 y 100 casas, construidas en “cierto orden y forman así una calle bastante larga, cruzada por una calle transversal,”¹³ que no era poca cosa para alguien amigo del orden como el joven alemán, quien llegaba a Caratal conmovido por el desorden y fealdad urbanas de El Callao.

Las construcciones eran muy modestas, cuando no “primitivas.” Consistían en algunos troncos de árboles clavados en el terreno, con paredes de barro y techos cubiertos con la hoja de la palmera carata, la misma que dio el nombre al lugar. Con el tiempo, el toponímico urbano se convertiría en un vago recuerdo, debido a la explotación desmedida de la planta, que convertía el techo en lo más caro de la vivienda. Así, comenta Geldner, cada hoja de palmera costaba un real, por lo cual un techo de tamaño mediano costaba entre 400 y 500 pesos, de veras muy costoso. Al principio no era así porque las hojas se conseguían en el lugar, tal como comentaba un explorador criollo en 1857, cuando desde lo lejos podían divisarse “...muchas palmas de Carata que allí se encuentran, a la vez que lindas y elegantes por sus formas, las más abundantes y preciosas para cobijar los techos de las habitaciones pajizas.”¹⁴

Pero el paisaje forestal había sido expoliado de tal manera en una década que, como indica Geldner, “...A objeto de obtener hojas para el techado, simplemente se tumbaron las palmeras sin tomar en consideración el daño que se provocaba para después. Ahora, las hojas provienen de territorios distantes y hay que pagar su peso en oro.”¹⁵ Era Caratal una ciudad de oro que relucía con mayor brillo después de fuertes chaparrones, fenómeno que Carl Geldner tuvo varias veces la ocasión de observar en persona:

12. Carl Geldner, Ob.cit., p.244.

13. Ibídem, p.248.

14. Michelena y Rojas, Ob.cit., p.225.

15. Carl Geldner, Ob.cit., p.248.

...después de cada aguacero fuerte, un sinnúmero de gente andaba buscando granos de oro por la calle, salidos de los intersticios entre las piedras. Así por casualidad también se encontrarían grandes pedazos de oro debajo de los bajantes de los techos. No hay ningún tipo de duda, sobre el hecho de que aquí se encontrará bastante oro por un buen rato.¹⁶

El costo de la riqueza en el Dorado era muy alto. Uno de los principales problemas era el de la insalubridad sobre la cual es valiosa el testimonio de Carl Geldner, quien vivió en Caratal cuatro largos meses, entre agosto y noviembre de 1867. Entre las diversas enfermedades se contaban la neumonía, la disentería, que el propio Geldner sufrió en carne propia debido al agua contaminada de Caratal, y sobre todo las fiebres, siendo la peor de ellas la denominada “caliente,” la más peligrosa y la cual se unía con frecuencia el “tabardillo,” denominada “bicho” en los parajes del oro.¹⁷

El mismo Geldner sufrió de fiebres y casi muere en Caratal. De los Geldner, fue su hermano Max, quien venía padeciendo de fuertes dolores de cabeza, el primero en caer en cama muy enfermo, y también el primero de los dos que huyó de las minas después de un mes de estancia. Carl, por su parte, se enfermó con una fiebre “muy fuerte, que continuó durante algunos días y me debilitó sobremanera, después de haber sufrido la disentería.” Su buena salud y juventud lo salvaron. También su prudencia. Después de cumplir los compromisos que tenía pautado en Caratal, regresó a mediados de noviembre a Ciudad Bolívar. Como no encontró allí trabajo, pues la mala situación política y económica había desmejorado, abandonó el país el día 9 de diciembre de 1867. El testimonio de su partida de Caratal no deja de ser sugestivo. Tampoco necesita ningún comentario adicional:

...El abandono de este rincón, el más triste del mundo, verdaderamente no me causó nada más que alegría. A decir verdad, aún tenía uno que estar agradecido por el hecho de haber podido escapar más o menos intacto. A mucha gente, atraída por el brillo dorado de las minas, éstas le depararon en breve tiempo la ruina; son pocos los que han tenido éxito, y éstos, generalmente, a cuenta de la salud. Si hago un resumen de todo lo que observé y viví, no puedo sino describir la existencia en estas minas como la miseria dorada.¹⁸

16. Idem

17. La enfermedad consistía “...en una inflamación del recto, la cual, si no se trata correctamente, generalmente causa la muerte.” La curación era dolorosa. Según Geldner eran los indígenas quienes tenían un remedio bastante efectivo que consistía “...en introducir en el ano pequeños limones pelados y provistos de cortes, los cuales, cuando la cura se efectúa repetidas veces, mediante su propiedad astringente le devuelven a los tejidos intestinales ampliados, su estado normal...” Como es de suponer, el enfermo sufría “fuertes dolores” que lo hacían a menudo gritar como a un condenado. Carl Geldner, Ob.cit., p.274.

18. Ibídem, p.285.

Los paisajes de letra y papel de Julia Bornhorst

El testimonio de Julia Bornhorst [Lübeck 1893-Caracas 1980] es doble: escrito y gráfico.¹⁹ El texto muestra el testimonio de la adaptación de una mujer a una cultura diferente entre 1923 y 1941, vale decir entre los 30 y 50 años de la autora, en la ciudad de Maracaibo que, al menos para 1923, presentaba en lo básico el paisaje urbano que había conocido otra paisana suya, Elisabeth Gross,²⁰ entre 1883 y 1896.

El paisaje urbano se transformó después cuando, en tan sólo dos décadas, la ciudad sufrió una de las transformaciones más violentas que ciudad alguna haya experimentado en Venezuela debido al descubrimiento y explotación de petróleo en la cuenca del lago de Maracaibo. Por esa nueva actividad, la ciudad dejó atrás su rol primordial desde el siglo XVI: ser centro de acopio de la producción agropecuaria de su hinterland inmediato y del más lejano, los espacios andinos. En términos demográficos, la ciudad contaba, en 1926, con 84,000 habitantes, y con 110,000 en 1936.

En “permanente estado de alarma”

Julia Bornhorst vivió esas intensas transformaciones. Su pincel y su ojo fotográfico son la clave para entender su curiosidad por el mundo más allá de las fronteras de su casa marabina. Para empezar, la dama sufrió los rigores del cambio. Maracaibo no era precisamente Lübeck, ni en apariencia urbana ni en clima. Ella mismo lo pone en palabras: “No resultaba fácil acostumbrarse al idioma extraño, al calor, a cuatro sirvientes para atender a dos personas: era algo sobrecogedor.”²¹ Es más, todo le era “ajeno y diferente” y “sumamente primitivo” en los años posteriores a su llegada. Fue una tal señora Behncke, esposa del jefe de la casa Blohm, la encargada de guiarla. Era ella una especie de “madre” de la colonia alemana, de quien recibió “consejo y ayuda” sin recibir órdenes,²² lo que demuestra, como en el caso de Elisabeth Gross, la importancia de las esposas de los jefes de las casas comerciales alemanas en mantener la unidad del grupo.

No fue cosa fácil la adaptación al nuevo ambiente, sobre todo a las cosas que percibía como agresivas, por lo cual había que estar, según sus palabras, “pendiente continuamente de todo” pues la mayoría de las plantas “quemar o puyan,” los animales “son peligrosos para los humanos” y los insectos “nos molestan constantemente.” Pero, agrega inmediatamente, “uno se adecua a todo, incluso al permanente estado de alarma”²³ del que escribiera también, a

19. *Venezuela 1923-1941 en Acuarelas y relatos de Julia Bornhorst*. Caracas, Oscar Todtmann Editores, 1993.

20. *Vida Alemana en la Lejanía*. Maracaibo, Asociación Cultural Humboldt Maracaibo, 1989.

21. *Ibidem*, p. 14.

22. *Idem*

su manera, Elisabeth Gross. Pese a ese estado de alarma, Julia Bornhorst fue una mujer quien aprovechó – y disfrutó – desde el principio las posibilidades que le brindaba el trópico.

El trópico también extenuaba muchas fuerzas, cosa que sintió la alemana en más de una ocasión, en particular cada vez que regresaba de vacaciones de Europa y tenía que acostumbrarse de nuevo al intenso calor. En esto los relatos de las dos alemanas coinciden. Así, podía levantarse temprano y desayunar a las 6 pero a las 8 podía regresar a la cama “por estar exhausta.” Es más, durante el resto del día “sólo tenía la mitad de mis fuerzas.” Los mosquitos no hacían fácil la vida tampoco. Así, en verano – vale decir en la temporada seca- la plaga era tal que impedía sentarse al aire libre:

...En aquella época no había tela metálica y dormíamos siempre bajo mosquiteros de hamaca, pero teníamos que acostarnos con un matamoscas, para espantar los zancudos que se hubiesen infiltrado. Las picadas no nos molestaban tanto como el penetrante zumbido, que nos impedía dormir. Prendíamos muchas veces velas de humo, las cuales en verdad odiábamos ya que, a la par de los mosquitos, también nosotros teníamos que inhalar el aire cáustico.

¡Realmente eran una plaga!..²⁴

No obstante, con el tiempo, Julia Bornhorst fue menos atacada por la plaga porque, según su juicio, su sangre estaba “disecada por el calor,” por lo cual no ejercía “sobre los insectos tanta atracción como antes.”²⁵

El lago insuperable

El lago de Maracaibo era el centro de la atención de los alemanes que vivían en la ciudad. Era, por así decirlo, el eje emocional, el espejo acuático de la vida cotidiana. La casa de los Bornhorst, llamada Hato Hamburgo, en el suburbio de los Haticos, en las afueras de Maracaibo, tenía su palafito sobre el lago, al cual se llegaba por un embarcadero. Ese “lugar privilegiado” servía como lugar de contemplación del lago y para penetrar, y bañarse en el mismo, a través de una escalera: “Nuestro querido lago era insuperable,” suspira la alemana.

Pero el lago no era impoluto. Los baños en el lago, como en la época de la Gross, no eran del todo tranquilos porque siempre se estaba pendiente de algún animal dañino, por ejemplo las mantarrayas que con su “cola ponzoñosa” podían de hecho “abrir toda la pierna de una manera terrible.” También flotaban en el lago “algún cochino muerto” como excrementos humanos, que caían al lago desde las innumerables casetas construidas sobre pilotes. Por fortuna, había siempre un cardume de bagres al acecho que comían “alegre y vorazmente la dádiva de Dios.” Claro está: la degradación ambiental sería

23. *Ibíd.*, p. 17.

24. *Ibíd.*, pp. 24-25.

25. *Ibíd.*, p. 25.

peor con el descubrimiento y perforación de los innumerables pozos petroleros, que agregarían aceite y negrura a sus aguas, y alguna que otra llama de fuego que el arte de Julia Bornhorst logra atrapar en dos acuarelas que destacan el pavoroso incendio de petróleo del 31 de mayo de 1935,²⁶ que marcan con violencia el término de la era agroexportadora.

Pese a la belleza del lago y los baños en sus aguas, las diversiones eran pocas para la época en Maracaibo. Sobre todo para Julia Bornhorst quien, como ella misma cuenta, había pasado sus años de adolescencia en la ciudad de Munich, “ciudad de ilimitadas posibilidades,” la “restringida libertad de movimientos” en el nuevo lugar se le hizo difícil de soportar. Como ella misma asegura, en materia de espectáculos públicos no había mucho de ver. Así, el famoso teatro Baralt, constituía en la época un “horno no apto para el trópico” razón por la cual unos cantantes de la ópera de Verdi *El Trovador*, ataviados ellos con “gruesos trajes de terciopelo rellenos, casi se asfixiaban” en plena representación.

También los paseos estaban restringidos, queja particular de casi todos los alemanes en Maracaibo porque, se preguntaba la alemana, ¿hacía dónde podía irse? Además de asistir a las fiestas del caso con otros compatriotas, o acudir al club alemán en las tardes poco había de diversión propiamente dicha. En materia de excursiones, por ejemplo,

...solamente había la posibilidad de alquilar, en conjunto, una gran lancha a motor y pescar desde la misma o trasladarse hasta otra playa, cuyos cocoteros eran idénticos a los nuestros, solamente que estaban más sucias. Allí se tomaba un baño, se hacía un picnic y se bailaba, con lo cual, a pesar de todo, obteníamos nuestra diversión...²⁷

El país de las mil y una frutas

Al contrario de Gross, que lo menciona en relación con los criados, el mercado era uno de los sitios favoritos de la Bornhorst, en particular cuando perfeccionó su español. Era el lugar uno de los orgullos de Maracaibo. En él se palpaba mejor que en ninguna otra parte su función de urbe comercial, centro de acopio de mercaderías de los estados cercanos, los Andes en particular. El testimonio de la alemana es sugestivo en detalles gastronómicos:

...allí se conseguían las cosas más sabrosas, nada importado, sino las más maravillosas frutas del país. Además de las consabidas piñas, melones y frutas cítricas, familiares para nosotros, había la lechosa, desconocida en Europa, con la cual empezábamos el día; también mangos, aguacates, guayabas, chirimoyas, nísperos, sapotes, caujíes, datos, guanábanas y muchas otras más. En cuanto a pescados, teníamos una riquísima selección, tanto de mar como de agua dulce, entre los cuales preferíamos los primeros, especialmente el firme

26. Véanse, respectivamente, las paginas 17 y 66 y 67.

27. *Ibidem*, p.20.

mero, similar a la carne, el fino pargo, el róbalo, las pequeñas carpitas y otros peces similares y hasta la temida mantarraya de aguja (...) tiburones nonatos, (...) [o las] codiciadas tortugas...²⁸

Lo que sí extrañaba la alemana eran las legumbres frescas, “que, sencillamente, no existían,” por lo cual tuvo que acostumbrarse a los productos criollos como la yuca, la auyama, los plátanos y, “especialmente,” a las caraotas negras. La alemana confiesa, no obstante, que como ella vivía de legumbres, “estaba desesperada” por su ausencia, al punto de una vez pagar un real (la mitad de un bolívar lo que era un precio exorbitante para la época) por una zanahoria. Ella misma trató de “sembrarlas en un semillero, pero sólo logré cultivar la espinaca neozelandesa.”

También, por lo menos al principio según ella misma cuenta, “la mantequilla y la leche representaban un problema” porque sólo se conseguía la de cabra, “bastante sucia,” y la mantequilla “venía en latas desde Holanda, pero siempre estaba rancia y oxidada.” Los quesos no eran tampoco muy variados, salvo el de cabra, el pan, se conseguía uno que llamaban francés, “con gusto a cartón.” Sin embargo, “...Muy de vez en cuando recibíamos pan negro de algún barco alemán y, en una ocasión, (...) un gran queso amarillo, redondo, fabricado por un alemán en Durita [Colombia]...” que la alemana recuerda como “momentos inolvidables y deliciosos.”²⁹ Esta relativa precariedad cambió con la economía petrolera y con la llegada de los estadounidenses quienes fundaron “gigantescos supermercados y otras tiendas y poco a poco pudimos comprar de todo, para poder vivir de acuerdo con nuestro acostumbrado estilo.”³⁰

Más allá del espejo de agua

Julia Bornhorst, al contrario de Elisabeth Gross, viajó intensamente por el territorio venezolano. Su esposo desde joven había viajado por “todo el país a lomo de mula” y la hizo partícipe de muchos viajes al interior, menos misterioso que en la época de Gross. Así, en una oportunidad que describe, cruzó el lago de Maracaibo hasta llegar al puerto trujillano de La Ceiba y de allí llegar en automóvil hasta Valera. Antes se llegaba en tren hasta Motatán pero el Ferrocarril de la Ceiba había perdido importancia desde la construcción de nuevas carreteras en Trujillo. Desde esa ciudad alquilaron un carro y viajaron por todos los Andes venezolanos hasta llegar a Colombia: “En todas partes Carli – así llamaba a su esposo, Carl Bornhorst, quien trabajaba en la firma Beckmann & Cia. de la cual llegó a ser el superior de la empresa y socio principal – fue recibido cordialmente como un viejo amigo y nos mimaron mucho...”³¹ lo que tiene que ver con el papel que tuvieron los alemanes en el

28. *Ibíd.*, p.18.

29. *Ibíd.*, p.19.

30. *Ibíd.*, p.38.

comercio venezolano, en el cual participaban activamente visitando a todos los clientes de manera regular.³²

El viaje lo hicieron por la vieja carretera de los Andes, unos años antes de ser inaugurada la Trasandina en 1925, que unió definitivamente a los Andes con el centro. En la época de Bornhorst la vieja carretera se encontraba “muy defectuosa;” era de “arena, muy estrecha y bordeada de horribles precipicios.”³³ El regreso a Maracaibo podía hacerse por tres rutas: volver a La Ceiba, lo que era un largo viaje desde el Táchira, por El Vigía bajando hasta Santa Bárbara si se estaba en Mérida, o por Encontrados si se estaba en el Táchira. Fue esa ruta la que siguieron al menos en 1927, camino que no dejaba de ser una aventura. Allí se tomaba un “barco de paletas” por el río Catatumbo, que navegaba rodeado de una selva todavía virgen en esa época con su carga de flora y fauna que hacía del viaje toda una experiencia.

El viaje de Maracaibo a Capatárida en el estado Falcón fue también muy importante. De él quedaron, como en el caso de los otros, acuarelas que hoy constituyen fuentes gráficas importantes para la geohistoria venezolana. No fue este tampoco un viaje de placer en el sentido que los caminos aquí eran precarios, no había sino precarios alojamientos y que el “paisaje, árido, carecía de atractivo,” del cual, sin embargo, Julia realizó magníficas acuarelas, pero se entregaba a la aventura tanto por acompañar a su esposo como por la oportunidad que él le brindaba de “conocer otro rincón de mi segunda patria.”³⁴ Para Carl Bornhorst, el viaje tenía otras connotaciones: cobrar, en 1933, las deudas vencidas de algunos negocios que vendían los productos de su casa comercial, en deuda con ella debido a la recesión económica que siguió al gran “crack” de 1929.

Para empezar era grande el equipaje que había que llevar aunque se tratase de un viaje corto de tan sólo 4 días: dos camas plegables, porque en Venezuela no había casi camas sino chinchorros en esa época, el imprescindible mosquitero de malla, “una ponchera para lavar, una caja con hielo [que se derretía sin duda rápidamente], latas y alimentos frescos, pues en esas áreas, muy pobres, apenas se puede comprar alguna cosa.”³⁵ El viaje lo hicieron en un Ford por una ruta “parcialmente muy mala, llena de huecos y barro endurecido.” Viajaban en la temporada seca cuando los caminos estaban al menos “secos y adecuados para manejar.”³⁶ El paisaje de esta región

31. *Ibíd.*, p.32.

32. Véanse detalles sobre el particular en mi libro *Venezuela en la mirada alemana (paisajes reales e imaginarios en Louis Glöckler, Carl Geldner y Elisabeth Gross, 1850-1896)*. Caracas, Fondo Editorial y Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV/Fundación Edmundo y Hilde Schnoegass, 2000, en particular los capítulos III y IV.

33. Julia Bornhorst, *Ob.cit.*, p.32.

34. *Ibíd.*, p.41.

35. *Idem*

36. *Ibíd.*, pp. 42-43.

falconiana ofrecía atractivos para una pintora, quien escribe sobre la dificultad de “reproducir la sensación de abandono y desolación.” El paisaje estaba, en este sentido, constituido por “Árboles muertos, (...) característicos cactus, de la talla de un árbol grande; sobre el suelo, tunas de flores amarillos y cactus de melón de rígida corona roja, en la extensión plana, ilimitada, de arcilla agrietada...”³⁷

El alojamiento en Venezuela era una dificultad para todos los viajeros. Los Bornhorst llegaron a Casigua para dormir allí por la recomendación expresa que en el lugar había una habitación vacía donde podrían quedarse. Así fue. Después de atravesar “columnas de humo amarillo,” que no eran otra cosa que tornados de polvo, llegaron a Casigua que la alemana encuentra como un “pueblo simpático.” En cuarto al cuarto vacío, este era grande pero no tenía ni puerta ni ventanas, por lo cual ofrecieron a la pareja la sala de la casa, cuarto impresionante según la Bornhorst, de ocho metros de largo y “amoblado con cuatro sillas para las visitas.”³⁸ Capatárída tenía en la época de Julia Bornhorst cuatro calles que recorría mientras su esposo visitaba los clientes. Allí tampoco, como en tantos otros sitios de Venezuela, no había baños...sino espacios abiertos, en este caso con la compañía de un burro que vigilaba los actos primarios humanos.³⁹

El regreso a Maracaibo se efectuó por Mene de Mauroa. El problema para llegar allí fueron los caminos, que dejaban mucho que desear. Es más había que encontrarlo porque no estaba afirmado en el terreno. En efecto, el camino, poco transitado, era invadido por la selva de manera regular, razón por la cual el Ford tuvo que “abrirse paso materialmente a la fuerza.” Así, sobre el suelo, “tupido de matas bajas, apenas era perceptible una huella de cauchos,” por lo cual los viajeros tuvieron que bajar del automóvil varias veces para “reencontrar señales anteriores en el camino, que nos orientaran.” Es más, en dos ocasiones, incluso debieron “regresar atrás, pues habíamos perdido completamente la huella en la espesa jungla.”⁴⁰

El poblado como tal ofrecía una nueva cara: el dinero de los perforadores de petróleo estadounidenses lo había transformado completamente. De una pequeña aldea, fundada en el siglo XVIII, con actividades agropecuarias diversas, se había convertido de la noche a la mañana en un lugar de migraciones internas. El dinero petrolero corría por la población, donde había “música, baile, juegos de azar y, especialmente, una gran oferta de ‘damas.’” Era así, comenta la alemana, que en pleno día, la calle “retumbaba con la gritaría y risas de las morenas señoritas.” El pueblo por lo demás presentaba la clásica división de las estructuras de explotación petrolera: el núcleo urbano,

37. *Ibíd.*, p.44.

38. *Ibíd.*, p.47.

39. *Ibíd.*, p.48.

40. *Ibíd.*, p.53.

por un lado, abandonado a su suerte, y el otro, completamente aparte, que constituía el campamento petrolero donde vivían los empleados estadounidenses, ubicado en una colina con “simpáticas casitas cercadas con tela metálica, en sitios sembrados de césped. Tienen, para su recreo y distracción, un campo de golf.”⁴¹

Las comunicaciones habían cambiado en función del lago de Maracaibo. De esta manera, construyeron desde Mene de Mauroa a Altagracia un ferrocarril de vía estrecha. El tráfico se hacía en “pequeños vagones motorizados que van sobre los rieles.” Como no había carretera, los vehículos aprovechaban los lados inclinados del terraplén, construido para el ferrocarril. Pero llegado un momento, era tan complicado y peligroso que el chofer de los Bornhorst apostó por la vieja huella que resultó más agradable “que el terraplén inclinado y lleno de endurecidas grietas causadas por el agua de innumerables lluvias.”⁴² La alemana describió el trayecto con precisión:

Con admirable velocidad y gran seguridad nos abrimos camino por medio de los chasqueantes arbustos y de la incierta oscuridad que teníamos ante nosotros. (...) Como a las nueve de la noche llegamos, sin novedad, a Altagracia, y todavía logramos conseguir una lancha de motor para la travesía” hasta el muelle del querido Hato Hamburgo⁴³.

Conclusiones

No hay un rincón de Venezuela donde los visitantes extranjeros no hayan puesto su pie y mirada desde el siglo XIX hasta la segunda mitad del XX. Es por ello que sus testimonios escritos y gráficos son tan importantes para los estudios históricos en Venezuela. Son ellos una parte vital de nuestro pasado, en particular del siglo XIX, cuyas fuentes históricas están dispersas y existen vacíos de información considerables, sea por la acción del fuego de montoneras y revoluciones sobre el papel en su momento, cuando no por pérdidas posteriores. De allí la importancia de testimonios como los de Carl Geldner y Julia Bornhorst, que arrojan, cada uno a su aire y en su tiempo histórico, numerosos datos, escritos y gráficos, sobre los paisajes urbanos, agrarios y de comunicaciones venezolanos.

41. *Ibíd.*, p.54.

42. *Ibíd.*, p.55.

43. *Idem*